

CEDERSTÖM, Carl/ FLEMING, Peter: *Dead Man Working*, London: Zero Books, 2012, 75 págs.

Dado que en ningún comportamiento subjetivo individual se puede captar adecuadamente el mecanismo objetivo de la sociedad, se le concede la objetividad científica más elevada a la universalidad abstraída a partir de universos de comportamiento subjetivos y se acusa de herejía, de superstición, a la objetividad social misma, que determina no sólo los comportamientos subjetivos, sino también las preguntas científicas¹

(Theodor W. Adorno)

Están todos los que son, o casi todos: Marx, Freud, Adorno, Lacan, Foucault, Deleuze, Guattari, Lazzarato, Virno, Negri, Hardt, Zizek, Tiqqun, etcétera, aunque también toda suerte de ensayistas, *best-sellers*, sociólogos y comentaristas del mundo del trabajo post-liberal (teóricos del *management* y vendedores de humo típicos de las librerías de aeropuerto inclusive). Aparecen todas las dimensiones del trabajo, como estructura social y como modo de individuación, que los estudios críticos han venido analizando desde mediados de los setenta. No faltan las referencias a la cultura cinematográfica y a las series de televisión; tampoco los procesos de observación participante (viajes, entrevistas) o las imágenes, siempre seductoras, de la vida, en condiciones de capitalismo avanzado, como catástrofe, como prisión de uno mismo o como gigantesco ejercicio de prostitución. Sin embargo, *Dead Man Working*, incluso en lo que tiene de cristalino, provocador y directo, deja un sabor agridulce.

El objetivo de este breve relato filosófico es claro desde el comienzo: se trata de ofrecer un cuadro general de la corriente fundamental del capitalismo post-moderno, a saber, la creciente dificultad para distinguir entre *capital* y *vida*, todo ello a partir de un diagnóstico epocal de largo alcance: el capitalismo se ha vuelto más poderoso desde que fuera decretada su muerte, tal como era conocido, a mediados de la década de los setenta, es decir, desde el momento en que el fordismo dio paso al post-fordismo. Una vez extinguidas las viejas estructuras de disciplina y castigo de la fábrica y de la oficina, y con ellas las lógicas del trabajo duro y del (exiguo) descanso dominical, el capitalismo ha seguido viviendo después de muerto

¹ Th. W. ADORNO, «Apunte sobre la objetividad sociológica», *Obra completa* 8, Madrid, Akal, 2004, p. 222.

(o lo que es igual, ha pasado a vivir una post-vida). Ha tenido, para ser más preciso, una más que exitosa no-vida, o una triunfal vida después de muerto, basada en su diseminación por todas las esferas de la sociabilidad, emotividad y corporeidad humanas. Lo que una vez consistió en un poder de muerte, en el que el trabajo se consideraba necesario pero no por ello menos repugnante, es hoy una *biocracia*, es decir, una maquinaria gigantesca de producción vida en común (lo que los autores llaman “cara oculta comunista del capitalismo”) en la que la gestión de los recursos corresponde en gran medida no al viejo capataz punitivo, sino a cada persona, a cada sujeto, o, en el lenguaje del capital, a cada recurso humano. Todo ello al son de una canción de moda con letra de Steve Jobs: no seas homogéneo, no seas una gris hormiga trabajadora, conecta los puntos, sé creativo, tú mismo, sé auténtico, sé real. Con ello, los autores señalan algo importante: el mundo del trabajo se ha vuelto infinitamente flexible, se ha liberado de todas las constricciones temporales y espaciales que lo habían definido hasta entonces (la jornada de ocho horas, la oficina, el turno de la fábrica, la oposición entre capital y trabajo, etc.), y ha adoptado una forma nueva que, sin embargo, coincide con la más vieja de todas, la *vida*:

“La extensión de la regulación del espacio laboral a través de la imitación de la vida desempeña una función económica importante cuando el capitalismo se vuelve totalmente dependiente de cualidades humanas como la inteligencia social, la reciprocidad, la comunicación y la iniciativa compartida” (pág. 16).

De esta manera, parece claro que la corporación no tiene ya la forma de Leviatán, sino de su archienemigo Behemoth, tal como señalara Franz Neumann a propósito del nacionalsocialismo en su importante libro de 1942, si bien de otra manera, con otro propósito y en otro contexto. Por el lado bueno, puede decirse que el libro presenta este panorama a la perfección: el auge de los cursos de trabajo en equipo, de las culturas empresariales alternativas y/o éticas, de los talleres de expresión e interacción en el lugar de trabajo, el fomento de la naturalidad, la relajación de las normas de vestimenta y de trato entre jefes y empleados, e incluso, en algunos casos, de la asimilación y aceptación de posiciones y apariencias contraculturales dentro del conjunto de los empleados; en fin, todo lo que en otro lugar, Francisco Vázquez ha tematizado, siguiendo una sugerencia de Charles Taylor, como *yo expresivo*². A este capitalismo de emociones y vivencias no le supone ningún problema el inconformismo: sus sujetos-objetos, es un hecho, no tienen otro lugar

² Francisco VÁZQUEZ, *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*, San Sebastián: Gako, 2005.

adonde ir; podrán vestirse de una u otra manera, hacer o no voluntariado en el marco de la obra social de su empresa de referencia, pero el hecho es que no van a ninguna parte (p. 23). Este giro ideológico, que consiste en desplazar el foco desde las relaciones capitalistas objetivas hacia los vaivenes de la subjetividad, conlleva una modificación de los estilos de vida: donde antes se privilegiaba una actitud obediente, aunque distante, hoy se espera y se exige implicación total con una vida laboral devenida pleonasma: vida laboral equivale a vida a secas, pero también a “vida plena”, es decir, a vida que, muy socráticamente, “merece la pena ser vivida”. La importancia creciente de la subjetividad y la preocupación por el empleado operan, según los autores, a modo de doble encubrimiento: omiten la dimensión social objetiva del modo de producción capitalista y permiten pensar, al mismo tiempo, una salida individual bajo la forma de un estilo de vida alternativo, dentro y fuera del trabajo, que deja las relaciones sociales capitalistas intactas. A esta modificación sustancial corresponden fenómenos tan diversos como la responsabilidad social corporativa, los llamamientos a no imprimir emails de manera irrestricta, el teletrabajo, las clases de relajación sufragadas por la empresa, el *casual Friday* o los fines de semana en parques recreativos en los que empleadores y empleados escenifican sus habilidades cooperativas escalando montañas, tomando copas, poniendo música en bares o bajando rápidos “juntos”. Cuando más exterioriza el sujeto de trabajo su propia personalidad, presuntamente única e intransferible, más se aliena en sentido tradicional, más se convierte en objeto, más apto se hace a sí mismo para ser explotado. Esto recuerda vagamente a algo que Adorno dijera a propósito de la peculiar relación entre individuo, sociedad, teoría y praxis:

“La humanidad, que no existe sin la individuación, es revocada virtualmente por la supresión arrogante de la individuación. Una vez que la actuación del individuo (y de todos los individuos) se ha vuelto despreciable, también la actuación colectiva se paraliza. La espontaneidad parece inane a la vista de la preponderancia fáctica de las relaciones objetivas”³.

El capitalismo contemporáneo, a pesar de seguir manteniendo sus asimetrías salariales y de responsabilidad en el trabajo, ha delegado muchas de sus funciones directivas en los empleados-empresarios-de-sí-mismos, hasta el punto de que uno ya no *tiene* trabajo, sino que *es* su trabajo. La paradoja es que esto hace del trabajo algo mucho más espontáneo y “vital”, y que produce, por tanto, un número de vías

³ Th. W. ADORNO, “Notas marginales sobre teoría y praxis”, *Obra completa 10/2*, Madrid: Akal, 2009, pág. 680.

de escape y de relajación, tales como los *city breaks* de fin de semana, los *afterworks* o las terapias con baños de sal para ejecutivos, que los autores describen de manera bien elocuente (pp. 50-52). Se trata de la industria del escapismo y de la estandarización de la huida, que sustituyen a la vieja dicotomía entre tiempo libre y tiempo de trabajo. Distinguir entre uno y otro, también en el campo académico, se ha vuelto imposible.

En resumen, el capitalismo muerto se inyecta formas de vida en vena para poder mantenerse no-vivo, quién sabe si para seguir no-muriendo, sólo que se trata de formas de vida hasta el momento ajenas a la mera lógica de la racionalidad mercantil (desde el yoga que practicamos en la hora de la comida hasta la sexualidad, pasando por la música que escuchamos, la playa, la montaña y los libros que leemos en el metro). Para ese explotador-explotado que es el neoempleado, sin embargo, la diferencia entre la muerte en vida (el trabajo) y la muerte real (la cesación de las funciones vitales) es una cuestión de detalle. Esta idea toma pie en el asombroso ciclo de suicidios en Wall Street, France Telecom y la City londinense, muy prolijos en notas de suicidio que culpaban a la corporación y a los cambios epocales (privatizaciones, nuevas formas de *management*, etcétera) de las desgracias de las personas fallecidas.

¿Existen alternativas a este capitalismo total? Los autores piensan que sí, e incluso señalan *Mil mesetas* de Deleuze y Guattari como manual de resistencia. Siempre queda la duda, o al menos al autor de estas líneas así se lo parece, de si no ya mil, sino dos millones de mesetas, serían capaces de revertir procesos de alcance civilizatorio tales como el final del patrón oro, la privatización de la sanidad británica, la derogación de las leyes antimonopolio de la era Reagan o el pico del petróleo. En todo caso, e independientemente de cuán alta sea la torre de marfil de cierta izquierda avanzada, se vista de académica o de asamblearia, *Dead Man Working* es un buen libro: juega con herramientas teóricas de considerable interés, presenta escenarios cotidianos impactantes y traduce bien a un lenguaje *mid-cult* algunas de las sutilezas de la teoría crítica ampliamente entendida.

La propuesta final, inspirada en la cripto-lacanian idea de Žižek de “suicidio simbólico” (p. 66) no merece mayor comentario, pero ello no desmerece el libro, que es perfectamente recomendable como regalo de cumpleaños para amigas y amigos indecisos entre la compenetración total con el *statu quo* y —dicho sin un ápice de ironía, sino más bien con espíritu autocrítico—, la rebeldía *cool* de sábado noche post-militante. Nada tiene este recensor contra el ocio nocturno, y menos aún

contra la cerveza como contrapeso de las largas asambleas a las que nos sometemos. Sin embargo, una cosa es divertirse y otra reproducir directamente en la vida (biológica, social y política) las mismas estructuras de las que se trataba de escapar. El feminismo contemporáneo sabe muy bien que el patriarcado, la división sexual del trabajo, el egocentrismo y el heroísmo plastificado son, desde hace mucho tiempo, aliados indispensables del capitalismo expresivo, también en lo que éste tiene de “comunista”, y que, por tanto, las dimensiones más regresivas de la subjetividad contemporánea no son ni de izquierdas ni de derechas. Como punto de partida relativamente modesto, sería deseable que libros como *Dead Man Working* fueran algo menos condescendientes con las cumbres del pensamiento de izquierdas. Asimismo, sería interesante considerar el cambio de fase del capitalismo desde un punto de vista menos espectacular, dado que muchísimas personas siguen todavía inmersas en formas de vida relativamente liberales. El capitalismo cambia continuamente y consiste en cambiar continuamente, pero no lo hace bajo la forma de un cambio de *look* radical, tal como los autores sugieren, sino de procesos todavía más complejos y profundos de lo que probablemente estemos en condiciones de comprender. Sin embargo, en el juego de pocas luces y muchas sombras en que consiste la política radical de nuestros días, libros como éste inclusive, habrá que conformarse, al menos por el momento, con aquello que ilumina, y dejar las sombras para otro día.

Eduardo Maura

emauraz@ucm.es